Las voces del mar y otros cuentos

SAMARCANDA

Las voces del mar y otros cuentos

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la primera edición en español, por:

© Andrés González-Barba
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103330
ISBN eBook: 9781524303624

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

Las voces del mar

y otros cuentos

Andrés González-Barba

A Rosa, con el deseo de que siempre disfrute
de lo más hermoso de la vida, la belleza.

LAS VOCES DEL MAR

El mar golpeaba, cadencioso, la arena de la playa. La madrugada había sido tranquila y aún perseveraban las voces de la noche, que se iban perdiendo como ecos vaporosos. Mientras, el sol nacía por un horizonte de incertidumbres tan hermoso como terrible...

Como todas las mañanas del año, y aunque fuese un día festivo, René abrió la tienda que se hallaba en una pequeña calle del centro. En el escaparate se agolpaban muchas muñecas de todas las formas y tamaños posibles, tantas que resultaba muy difícil saber cuál era la más hermosa. A pesar de eso, él tenía su favorita. Un bebé que estaba vestido con un pijama blanco de manga larga y que llevaba, por encima, otra prenda rosa. Tal vez no fuera la de más calidad, ya que las había mucho mejores, pero siempre encontró algo especial en su mirada. Quizás lo que tanto le llamaba la atención eran esos ojos azules tan intensos que se dibujaban en un rostro finamente redondeado. Además, sin saber por qué, le había puesto un nombre, Beatriz.

Pasados unos minutos, el dependiente, un hombre de unos cuarenta años, se puso a ordenar algunas mercancías que habían llegado el día anterior. Dado que era mediados de julio, la actividad en la juguetería era más intensa que en los meses anteriores, sobre todo por la mayor presencia de turistas, que aprovechaban las vacaciones estivales para visitar aquella ciudad.

Al mismo tiempo que clasificaba las existencias, por los altavoces de su equipo musical sonaba, majestuoso y solemne,

el adagio de la «Sinfonía escocesa» de Mendelssohn, una de sus piezas preferidas. Esa melodía de fondo le revolvía el alma, sacudiéndole lo más profundo de sus entrañas.

Segundos después, se oyó un leve tintineo en la puerta y apareció un joven matrimonio que venía acompañado por una niña que no superaría los cinco años de edad. Al principio, René apenas reparó en ellos, pero cuando levantó la mirada por encima de unos albaranes que tenía sobre la mesa, vio que la chiquilla que había entrado era muy bella. Su piel era tan blanca y delicada como la del azahar en una noche de primavera, y sus ojos parecían las olas del mar bañadas por el sol del atardecer. El dependiente abandonó todas las tareas y se dirigió hacia ellos con premura.

—¿Desean algo? Seguro que vienen buscando un juguete para esta niña tan guapa, ¿no es cierto?

Los padres miraron a su hija muy orgullosos por el piropo que les había regalado aquel hombre y la pequeña sonrió en silencio a la vez que mostraba una mirada algo traviesa.

—Verá —se apresuró a contestarle el padre—, le queremos regalar una muñeca a nuestra hija, pero nos va a costar trabajo elegirla porque tiene usted aquí auténticas maravillas.

—No se preocupen. Tómense todo el tiempo que necesiten.

La niña, que parecía estar al margen de esa conversación, comenzó a acercarse al escaparate y se sintió muy atraída por el bebé de los ojos azules, el favorito de René.

—Quiero esa, papi —dijo la pequeña.

—¿No vas a mirar más? —le preguntó la madre.

—No, mami. Me encanta este bebé. Dámelo, dámelo, que es mío —protestó la hija estirando sus brazos lo máximo que pudo para alcanzar aquel preciado tesoro.

Cuando la madre le acercó la muñeca a la chiquilla, le dio un abrazo tan fuerte que parecía que hubieran sido siempre uña y carne, como dos buenas hermanas. Era conmovedor ver

cómo la muchacha podía mostrar tanto cariño hacia un juguete desconocido. De hecho no paraba de acariciar la cabeza del bebé, dándole todos los besos posibles.

Al darse cuenta de la elección que hizo la chica, René se apenó porque sabía que no volvería a ver más aquella muñeca, pero luego se alegró. Después de todo, ¿en qué manos podría estar mejor que en las de esa muchacha?

—Te vas a llevar mi preferida. Yo ya le había puesto incluso un nombre.

—¿Sí? ¿Cómo se llama? —le preguntó la niña con un rostro inocente.

—Beatriz, y estoy seguro de que a partir de ahora va a ser tu mejor amiga.

—Beatriz, te quiero mucho. Eres muy guapa —dijo ella mientras seguía dándole besos y abrazos.

Los padres estaban felices por ver tan contenta a su hija. Aquella muñeca no era ni mucho menos la mejor de la tienda, y ni siquiera era de esos bebés tan sofisticados de hoy en día que parecen casi reales, pero la chica se había quedado prendada del encanto de esos graciosos ojos azules.

—Si desean la puedo guardar en su caja y se la envuelvo.

—No. Yo quiero a Beatriz ahora mismo —insistió la cría.

El dependiente se encogió de hombros y se dirigió hacia el mostrador para cobrarles a sus padres.

—Como eres una niña muy especial y la muñeca que te llevas también lo es, les voy a hacer una pequeña rebaja a tus papás.

—Gracias. Es usted muy amable —respondió la madre.

Poco tiempo después, el joven matrimonio salió de la tienda con su hija, que parecía ir flotando por las nubes, ya que no paraba de acariciar a su nueva compañera. En ese sentido, y aunque sus padres paseaban de un lado para otro de aquella ciudad costera embelesados por todo lo que veían, la niña no

tenía ojos para nada más que no fuera su bebé. Incluso le llegó a pedir a su madre un cepillo que ésta siempre guardaba en su bolso y comenzó a peinar los imaginarios cabellos de la muñeca, pues esta no tenía ni un solo pelo en su cabeza.

Al mediodía, los tres se sentaron en una bonita terraza que daba al paseo marítimo. El viento era tan fuerte y el olor del salitre tan intenso que la madre se vio asaltada por unos recuerdos de su infancia. Aquella era la época en la que vivía en un pequeño pueblo que también se hallaba junto al mar. ¿Cómo olvidar esos domingos por la mañana cuando iba con sus padres a la vieja iglesia cuyas paredes estaban desconchadas por los efectos de la humedad y del paso del tiempo? Cuánto hubiera dado por estar de nuevo junto a sus progenitores, pero por desgracia ambos ya habían fallecido hacía años. Sentía que nunca llegó a conocerlos en profundidad porque sus padres gastaron los mejores años de sus vidas trabajando en una tienda. De ahí que se hubiera propuesto estar junto a su pequeña todo el tiempo posible para que no se volviese a repetir la misma historia nunca más.

Mientras estos pensamientos rondaban por su cabeza, no paraba de observar a su hija, que seguía jugando con su nuevo bebé. Ahora, después de muchos años, era la primera vez que se encontraba realmente feliz. Quizás porque había tomado las riendas de su vida y porque su marido la apoyaba siempre en todas las decisiones más importantes. Era el momento, pues, de dejar atrás muchas cosas del pasado y de intentar disfrutar de todo lo bueno que le pudiera deparar el futuro.

Las olas del mar se deslizaban por la orilla de forma acompasada al tiempo que los minutos transcurrían lentamente, con la misma languidez con la que se caen las hojas de un árbol muerto. El sol ya estaba en lo más alto del firmamento.

En ese intervalo disfrutaron de una buena comida y también bebieron un vino que era de los mejores de la zona. La niña quiso probar un poco de aquel caldo tan delicioso, pero sus progenitores no se lo permitieron. La escena fue tan cómica que no pudieron evitar una sonrisa. Los padres estaban cada día más asombrados por la inteligencia y la madurez de su niña, pese a que ella tuviera aún tan pocos años de vida.

Tras el almuerzo, los tres se levantaron y siguieron paseando hasta que llegaron a una heladería. La pequeña pidió un helado de chocolate, que era su favorito. Se lo sirvieron en una tarrina y también le dieron dos cucharitas por si le apetecía ofrecerle algo del postre a su nueva amiga. Al final, ambas terminaron con la boca manchada. Menos mal que la madre, como buena previsora que era, llevaba unas toallitas húmedas en su bolso. Gracias a eso las dos hermanas acabaron de tomarse el helado y no quedó ningún rastro del mismo.

—Sois los papás mejores del mundo —les dijo la niñita con esos ojos azules que parecían reflejar la bajamar.

Justo en ese momento en que se iban a levantar, un hombre con la piel muy morena y el pelo tan oscuro como el tizón se dirigió a la chica con un acento algo raro:

—Qué muñequita más bonita. Pero si las dos tenéis los ojos azules. ¿Me dejas tu bebé?

—No. Es mío.

Aquel extraño esbozó una sonrisa amarga y se alejó como alma que lleva el diablo. La madre le dijo a su pequeña que había hecho muy bien en no confiar en ese desconocido. Cuando por fin se levantaron los tres y se marcharon de la heladería, el sol avanzaba de forma cadenciosa hacia el ocaso y cada vez había más gente.

Al cabo de unos minutos, se dieron cuenta de que unos músicos ambulantes habían logrado llamar la atención de un grupo de personas en torno a ellos. La niña se acercó corriendo